

Todos los días regresaba a casa desde clase caminando. Sus compañeras solían coger el autobús o el metro, pero ella no. Ella necesitaba hacer ejercicio.

En el camino a menudo se detenía en la barandilla del puente, a ver pasar los coches. Y siempre pensaba que la distancia entre los vehículos y ella era tan corta como la que suponía dar un pequeño salto. Que si se atrevía a darlo todo podía cambiar. Todo tenía que cambiar.

Aquella tarde hizo tiempo para regresar a casa. Casi había olvidado el día que era y no quería volver con las manos vacías. Tenía que comprarle un regalo a su hermano.

Se metió en un VIPS y buscó algo que pudiera pagar con el poco dinero que llevaba en su monedero. Pero pensó que tenía que hacerlo pronto porque el olor a comida del restaurante le estaba poniendo mala. A pocos metros veía a la gente con platos a rebosar, llenándose la boca de carne, de patatas fritas, de postres con chocolate, abundante nata.

En la zona de Ofertas vio lo que buscaba: un libro rebajado sobre los Indios Norteamericanos. A su hermano le encantaban las películas del Oeste y siempre deseaba que ganaran los indios. Aquel libro, que hablaba de síoux, apaches, comanches, pies negros, arapajoes y demás tribus, sin duda le iba a encantar.

Seguía sin tener ganas de meterse en casa a estudiar y se fue a un parque que, a esas horas y con el frío que hacía, estaba casi solitario.

Primero deambuló, luego se sentó en un banco, para después dirigirse al estanque a contemplar sus reflejos. Continuó deambulando y vio, al otro lado de la tapia, una calle con coches, un hospital, una iglesia, casas y más coches.

Miró el reloj y estrechó el libro contra su pecho.

Al llegar al portal de su casa se miró en el espejo que había instalado hacía poco la comunidad. Odiaba ese espejo porque en él se reflejaba toda su deformidad.

Ignoró el ascensor y subió a pie, casi corriendo, los siete pisos, por aquello de quemar calorías.

Llamó al timbre.

—Felicidades, Javi.

Su hermano se abrazó a ella.

—¿Sabes quién va a venir?

—¿Tus compañeros de clase? -aventuró ella.

—¡Y el mago Abundio! -indicó el niño antes de olvidarse de todo al ver el libro que le había traído su hermana- ¡Qué guay! Muchas gracias.

Su madre apareció por el fondo del pasillo.

—Hola, cariño, ¿qué tal las clases hoy?

—Bien.

—¿Con quién has comido?

Ella se inventó un nombre. En realidad no había comido.

—¿Me ayudas a preparar las cosas?

Se puso a ayudar a su madre, a pesar de que todo lo que veía en la cocina le daba tanto asco que hubo de hacer grandes esfuerzos para disimu-

larlo: sándwiches, bocadillos, empanadas, medianoches, tortillas de patata...

—¿Es verdad que va a venir el mago ese de la tele?

—Dicen que es fabuloso con los niños.

5

—Pero si es un más tonto que... -Ella se recordaba de verle hacer números de prestidigitación en la pequeña pantalla. Simplezas de las que sólo admiraba su facilidad para hacer desaparecer las cosas.

Si ella pudiera hacer desaparecer con tanta facilidad sus problemas...

—¿Qué habéis estudiado hoy?

A ella le molestó el interés que su madre demostraba por sus estudios. Era como si quisiera investigarla. Pero disimuló y le contó lo que habían estado haciendo en clase.

¡Cumpleaños feliz!...

Ya estaban todos. Los amigos de Javi con sombreros de papel y matasuegras. Mamá con una sonrisa de lado a lado. El mago Abundio en un rincón, preparando cosas en su maletín, esperando su turno.

Y ella de camarera.

Papá todavía no había vuelto de trabajar, pero acababa de telefonar diciendo que ya estaba en camino.

...¡Cumpleaños feliz!...

Ella fingía sonreír y, en realidad, lo hacía por dentro al ver a su hermano tan contento.

...¡Te deseamos todos!...

II

Des Mädchens Klage

(El lamento de la doncella)

Al cruzar de nuevo la puerta del hospital, con sentimientos y sensaciones diferentes de los de la primera vez, recordó la *Divina Comedia* de Dante. Sobre todo ese Infierno en cuya entrada se podía leer *Quien aquí entre que abandone toda esperanza.* 5

Le pareció un exceso producto de su deformación literaria, y aceleró con el propósito de que los encargados del mostrador de Información no le preguntaran que a dónde iba.

Carlos sabía a dónde iba. La madre de Claudia 10 le había dado las indicaciones pertinentes para que pudiera dirigirse a su habitación sin tener que preguntar a nadie.

Mientras caminaba hacia el fondo del pasillo se cruzó con una silla de ruedas que llevaba a un niño 15 con la cabeza vendada, empujada por una mujer de gesto cansado, seguramente su madre.

Al subir hasta la planta donde debería estar Claudia, Carlos se tropezó con un hombre de pelo cano que lloraba desconsoladamente pero que, a pesar 20 de todo, le pidió disculpas por su encontronazo.

—Lo siento, no sabe cuánto lo siento...

—No se preocupe.

Carlos se dijo que quizás él era el único visitante adulto de aquel hospital que no tenía un familiar 25

internado. Y que por eso, fuera cual fuera su inquietud, no sería nada comparable al dolor de los que iban allí periódicamente a consolar, o sencillamente a hacer compañía, a los que habían entrado
5 en aquel recinto de forma involuntaria.

Ya iba a proseguir su camino cuando vio que el hombre canoso tenía que apoyarse contra una pared para no caer. Le ayudó a sentarse en un banco de metal que había en el rellano.

10 —¿Se encuentra bien?

El hombre, tras secarse las lágrimas con un arrugado pañuelo, le miró directamente a los ojos mientras le respondía:

—¿Cómo quiere que me encuentre? Soy viudo,
15 tengo dos hijas, una es anoréxica, la otra bulímica y me odian porque las he tenido que meter aquí.

Carlos no supo qué responder. Durante unos segundos dejó que su mirada se perdiera en la del hombre desolado, en sus ojos húmedos, intentando
20 comprender su dolor y, al mismo tiempo, entendiendo que nadie podía colocarse en el lugar de alguien tan desdichado y cuyo problema no tuviera una solución que estuviese en su mano.

Se limitó a dar una palmada en la espalda del
25 hombre cuya mirada ahora se perdía en el vacío.

Carlos prosiguió con la sensación de no servir de mucho, pero con la determinación de encontrarse de nuevo con la hija de Gloria.

«¿Debo entrar?» se preguntó frente a la puerta
30 corredera que se abría automáticamente pulsando un mando. El libro que llevaba en la mano, su libro sobre Schubert, le dio ánimos para continuar.

En la habitación número 1 había una chica rubia hablando con un par de familiares.

La muchacha de la habitación número 2 escribía algo en lo que parecía ser un diario; cuando Carlos pasó junto a su puerta, echando una mirada, la interna escondió su cuaderno bajo la almohada y fingió ver la tele. 5

La cama de la habitación número 3 estaba vacía, pero por poco tiempo porque casi de inmediato una niña de aspecto muy frágil salió del cuarto de baño en cuya puerta había una enfermera con aspecto un tanto sofisticado, labios muy rojos y ojos con demasiado rímel. 10

Carlos se asomó a la puerta de la habitación número 4, deseando que allí no hubiera enfermera. 15

Por unos instantes pensó que tampoco había enferma, ya que en la cama sólo se veía un bulto que poco a poco fue identificando como el de un ser humano en posición fetal.

—Claudia... -se atrevió a decir. 20

La luz de la tarde entraba suavemente a través de los cristales que daban a la galería de la planta.

La enferma, que le recordó a las muchachas descarnadas que pintaba el austríaco Egon Schiele, jóvenes de una belleza artística inquietante y desoladora, sólo reaccionó al escuchar por segunda vez su nombre. 25

—Claudia...

El largo cabello caía sobre su rostro, pálido, con marcadas ojeras. Sus manos estaban formadas por unos dedos largos como los de un pianista. Su pijama era de un color azul celeste, que contrastaba 30

con su batín, echado en una silla próxima, con estampado de cuadros escoceses.

—¿Te acuerdas de mí?

Carlos apartó el batín para sentarse lo más cerca posible de la muchacha e intentó coger una de sus manos.

Claudia la retiró con brusquedad, como si el tacto le hubiera producido quemazón.

—Perdona, lo siento -se disculpó Carlos.

Entonces, Claudia se fijó en el libro que llevaba consigo.

—*Rosas blancas...* -E inmediatamente pareció salir de un profundo letargo, y su mirada sonrió-. ¿Tú eres...?

Carlos también sonrió:

—El culpable de estas páginas, sí. ¿Lo leíste? -Conocía su respuesta pero deseaba escuchar la voz de Claudia. Ella sin embargo, en lugar de responder dijo con un soplo de esperanza, de ilusión, tal vez de alivio:

—Te has acordado de mí.

En su rostro demacrado se esbozó una débil sonrisa.

—Claro, por eso he venido a verte. Pasaba por aquí y me he preguntado si me darías audiencia -intentó bromear.

La mirada de Claudia se hizo aún más intensa.

—¿Es verdad lo de las rosas blancas?

En el libro, Carlos había contado una historia que había dado origen a su título. Cuando Schubert fue enterrado en el cementerio de Währing para estar cerca de la tumba de Beethoven (luego trasladarían los restos de ambos al cementerio Central

de Viena), alguien depositó sobre la losa un ramillete de rosas blancas. Y desde entonces, hace ya casi doscientos años, las rosas siguen allí, cambiadas por anónimas manos amantes de su música.

—Me pareció un detalle poético para el gran poeta
de la música. 5

—¿Cuándo vas a volver allí?

Carlos creyó poder interpretar aquella pregunta como un rayo de esperanza. Porque tras aquellos ojos hundidos parecían vislumbrarse ciertos destellos de vida. 10

—Pues no sé, la verdad, desde que escribí el libro no he regresado a Viena -Y entonces se atrevió a preguntar-: ¿Te gustaría venir conmigo? 15

Claudia no respondió, pero movió lentamente la mano deslizándola sobre la arrugada y fría sábana. 15

Carlos se dijo que no debía permitir que entre ellos se instalara el silencio, que era importante convertir aquella conversación en algo fluido, lo más natural posible. Por eso siguió hablando: 20

—Estaba pensando darme una vuelta este verano por Baviera, ya sabes, donde vivía el rey Luis II, el protector de Wagner. ¿Te gusta Wagner?

Claudia hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza, del que no se podía deducir con exactitud si era una respuesta negativa, o que no conocía lo suficientemente a ese compositor como para dar una opinión. 25

—Es el autor de «Tristán e Isolda», del «Anillo de los Nibelungos» y de tantas otras óperas. Un hombre con una vida muy agitada, también. 30

Claudia respiró profundamente, como tomando aire para poder preguntar con un hilo de voz:

IV

Fantasia en Fa menor

Claudia pensó que la sala de estudios del hospital era ridícula. Parecía una biblioteca para niños de primaria, con cuatro libros, juguetes de plástico, rompecabezas, varias mesas demasiado pequeñas para ellas, que ya eran mayores y no unas 5 crías. ¡Pero si ni siquiera les cabían las piernas debajo!

Desde por la mañana se había levantado con un comecome en el estómago y no sabía si era porque, una vez que había logrado salir del maldito 10 Privilegio Cero, tendría que comer más que antes para no volver a ser castigada. O porque en esos momentos no deseaba tener visitas de nadie, ni siquiera de su madre, que tanto le consolaba en otras ocasiones. 15

Aquel día sólo se sentía segura entre sus compañeras, sobre todo con dos de ellas, tan distintas que casi eran opuestas.

Por un lado, Fina, la gallega de Pontevedra que tenía la mala leche que a ella le hubiera gusta- 20 do tener; siempre se enfrentaba a los médicos y a las enfermeras, siempre estaba ideando algo para hacerles la puñeta.

Por otro, Henar, una segoviana dulce y soñadora, siempre pensando que abandonar aquella cárcel 25 era posible.

Henar no soportaba a Fina, pero era muy amiga de Claudia.

Acababa de regresar de una breve estancia de unos días en su pueblo, donde decía haberlo pasado de maravilla. Como detalle, le había traído a Claudia un ramo de rosas de su jardín.

Se habían reído juntas cuando le había contado que para que no se marchitaran había utilizado el frasco donde tenía que echar su orina para control y que estaba obligada a llevar a todas partes.

—Ya ves qué florero más original.

—Es una gilipollez -dijo Fina pasando de ambas y al decirlo parecía dirigirse a la enfermera de guardia. En el fondo parecía envidiosa porque a ella no le habían traído nada, pero jamás sería capaz de reconocerlo. Prefería vivir en un constante sinvivir en el que su único estímulo consistía en despreciar a los demás y en pensar en trucos para engañar a los del hospital-. Hoy no puedo comer. Tengo una llaga en la boca.

La enfermera ni siquiera respondió, limitándose a hacerle a Fina un gesto enérgico con el brazo para que se sentara a estudiar y la dejara en paz.

—¿Sabes lo malo de estos permisos? -Henar tenía los ojos redondos, muy negros, y su mirada era siempre como un abrazo sonriente-. Que luego te cuesta más volver. Y lo he pasado tan bien... He conocido a montón de chicos, ¿sabes lo que me ha dicho uno? Que estaba muy guapa y que hasta me habían crecido las tetas.

Claudia pensó que eso era normal, cuando una engorda le crece todo, hasta las tetas. Las suyas estaban inmensas, en cualquier momento ex-

plotarían y todos se enterarían de que no podían seguir cebándola.

Aunque, bien mirado, Henar era diferente, ella estaba mucho más delgada, y era muy guapa, no era pues extraño que los chicos se fijaran en ella. 5

—¿Sabes lo que les he contestado? Que he aprovechado que estaba en el hospital para hacerme la cirugía estética, como las famosas. -Henar se reía con dulzura, su entusiasmo era contagioso, menos para Fina que, desde su asiento replicó una de sus frases favoritas: 10

—Pues vaya gilipollez.

—No le hagas caso -dijo Claudia- Sigue. 15

—Lo peor de todo es que cada vez que voy luego tengo que dejar solo a mi gato. Me echa mucho de menos y yo a él. Pero bueno, espero que pronto pueda pasar todo el tiempo posible a su lado. Morelos me ha prometido que... 20

Claudia se encerró en sí misma para no seguir escuchando aquella absurda confesión. Su amiga decía que echaba de menos a un gato; no, si en el fondo Fina tenía razón, aquello era una verdadera gilipollez. Y luego decía que pronto iba a dejar el hospital. Estaba lista si creía todas las promesas de Morelovich que no eran más que mentiras para que comieran. Quizás la única solución que le quedaba era la de fugarse serrando los barrotes y descolgándose por una sábana... 25

¿Por qué se empeñaba en tener una amiga como ella? Tan dulce, tan sonriente, tan convencida de que las presas podían abandonar fácilmente la cárcel. Tan crédula, tan idiota. 30